

FREUD, FERENCZI Y LA TERCERA PUBERTAD.

Florian Houssier (*)

La relación entre Freud y S. Ferenczi ha sido objeto de numerosos trabajos, especialmente a partir del movimiento de recuperación progresiva de las obras de este último. Estos muestran en particular la existencia de una continuidad de su diálogo coloreado de transferencia homosexual entre Freud y W. Fliess y posteriormente con S. Ferenczi; para E. Jones (1958), el vínculo con S. Ferenczi fue el más importante que Freud había mantenido en sus últimos años. Si consideramos que el intercambio con W. Fliess retoma el carácter apasionado del vínculo de Freud con su amigo adolescente, E. Silberstein (Houssier, 2013), entonces lo adolescente¹ inmediatamente se representa en la relación entre Freud y S. Ferenczi, tal como su correspondencia permite identificar mejor.

En la literatura psicoanalítica, la comprensión del vínculo entre Freud y S. Ferenczi, por muy fina que sea, generalmente carece de cualquier referencia al lugar de la adolescencia a pesar del rotundo “diagnóstico” de la tercera pubertad hecho por Freud en el momento en que la crisis alcanzó su punto máximo entre los dos hombres, a principios de la década de 1930. Lo adolescente es un componente de esta relación que surge regularmente entre ellos, como un tema nunca teorizado pero a menudo activos en sus intercambios.

VIDA Y MUERTE EN LA TRANSFERENCIA PADRE-HIJO

En sus intercambios de análisis, amistad y problemáticas personales, Freud se recuerda de un momento de su adolescencia cuando escribe el 9 de abril de 1919 a S. Ferenczi: “A una edad muy temprana, tal vez en mi decimotercer cumpleaños, recibí como regalo la obra de Börne, la leí con gran entusiasmo y siempre tuve en cuenta algunos de estos pequeños ensayos, no la criptomnésica naturalmente. Cuando releí este último texto, me sorprendió ver que en varios lugares corresponde palabra por palabra a varias cosas que siempre he pensado y apoyado. En realidad, podría ser la fuente de mi originalidad”². La originalidad de S. Ferenczi será la que estará sujeta a muchos comentarios críticos, vividos por S. Ferenczi como un deseo de control del padre sobre el hijo.

Para ambos hombres, la figura del padre se moviliza regularmente, conscientemente o no. Por el lado de Freud, encontramos que la bibliofilia de Freud encuentra su fuente en la memoria del despojo de un libro compartido con su hermana Anna, pero también que ese recuerdo podría ser un encubrimiento de algo relativo a su adolescencia (Houssier, 2015a). S. Ferenczi retoma esta secuencia autobiográfica recordando que cuando era adolescente, una deuda contraída con su librero favorito había provocado una reacción negativa de su padre. Freud, por otro lado, considera que su pasión por los libros estuvo así bien dirigida en comparación con lo que podrían haber sido otras tentaciones. Una fantasía de castración emerge en el comentario de Freud: su padre podría haber considerado que los libros eran mejores compañeros que la pasión por las niñas o la masturbación, pero éste habría ignorado la sabiduría de su hijo y criticado su deuda, que es lo que Freud parece todavía lamentar en el momento en que él escribe el libro sobre los sueños. ¿No es la ambivalencia de Freud hacia su padre la de un adolescente que, para usar su fórmula, lo envía al Polo Norte con ropa de verano (Freud, 1932)? Por lo tanto, una de las críticas que S. Ferenczi (1985) hace de Freud como psicoanalista, esto es a una posición pedagógica demasiado rígida, sería la intuición de que aquello de lo Freud carecía, era del acompañamiento de un padre frente a las ansiedades psicosexuales de la adolescencia.

En estos entresijos entre la vida privada y el trabajo analítico, S. Ferenczi (1985) retoma la idea de Freud según la cual cuando los hijos salen de la adolescencia para convertirse en adultos, el padre no tiene otra perspectiva que su propia muerte. Freud, atrapado en sus creencias supersticiosas y adherido a la teoría de los ciclos de W. Fliess, imagina que morirá a los cincuenta y un años; sus asociaciones de sueños lo llevan al deseo de poder acompañar a sus hijos durante su adolescencia (Freud, 1900). Tras la muerte de su hija Sophie, le confía a S. Ferenczi: “Me preparé durante años para la pérdida de mis hijos, y ahora es mi hija la que ha muerto”³. Esta investidura particular de sus hijos y el cruce de su adolescencia se articula con sus inquietudes institucionales. Cuando afirma que para vivir como para morir, un padre judío tiene la necesidad de saber el futuro asegurado de su hijo, habla del movimiento psicoanalítico después de la decepción vivida con C. G. Jung, pero también de la esperanza despertada por S. Ferenczi y la creación del comité secreto (Barande, 1972).

Revisemos algunos fragmentos biográficos de parte de S. Ferenczi. Venido de una familia numerosa, Sandor es estimulado por la atmósfera intelectual que reina en ella, sus padres son librepensadores mientras que son muy reservados en el nivel emocional. P. Sabourin señala este punto cuando indica que “el contacto físico era muy limitado”⁴. Es eso lo que S. Ferenczi recordará evocando la falta de amor y el exceso de severidad de su madre; por parte de su padre, Sandor habría sido el favorito de su padre, que murió cuando Sandor tenía quince años, “en el momento en que seguramente más lo habría necesitado”⁵. Los intereses culturales, políticos y literarios del padre habrían influido en el joven Sandor, fundando parte de su trabajo de duelo: las opiniones revolucionarias del padre se transmitían y se encontraban en las posiciones subversivas del hijo. Todos estos son elementos que avivarán la transferencia hacia Freud, pero que también participarán igualmente en la transferencia narcisista entre los dos hombres: cada uno habría sufrido el sentirse privado de un padre que apoyara y acompañara su adolescencia, una figura de apoyo ausente debida al fracaso profesional del padre de Freud, o la ausencia de un padre amado y un duelo sufriente en S. Ferenczi.

Durante el verano de 1910 en Sicilia, se produjo un primer momento de rebelión de S. Ferenczi en un contexto en el que Freud le sugirió que se convirtiera en el secretario a quien pudiera dictarle sus ideas sobre la paranoia. Más tarde, S. Ferenczi agradecería a Freud por resistirlo incluso cuando él se rebeló contra su forma de ser tratado. Aún así, este primer momento de fluctuación provoca una primera asociación de ideas en Freud, quien describe a S. Ferenczi como poseedor de un carácter juvenil, carente de madurez, e incluso como promotor de jóvenes talentos. Estas referencias a una adolescencia prolongada de S. Ferenczi se ven acompañadas, a pesar de ella, de un movimiento idealizador por parte de Freud, que considera sus obras como oro (Shur, 1975). Freud (1900) cita, por ejemplo, los aportes de S. Ferenczi citando las adiciones a su trabajo sobre los sueños, cuando éste le señala que las producciones oníricas de los “ingenuos” permiten encontrar más particularmente el significado de los símbolos típicos y el significado de los sueños. Si podemos pensar en el niño en relación con cuestiones de ingenuidad, Freud interpreta en esta misma obra una escena de seducción de un adolescente hacia él cómo condicionada por su carácter ingenuo (Houssier, Christaki, 2016).

Tras la decepción con C. G. Jung, Freud gradualmente invistió a S. Ferenczi como su hijo favorito, sirviéndose de la misma metáfora del oro, que como apodo de niño le había sido dado por su madre, Sigi en Oro (Jones, 1958). En la carta del 6 de octubre de 1910, Freud considera que no ha logrado superar la contratransferencia en el siguiente sentido: esta transferencia es imposible de elaborar, con S. Ferenczi como con sus tres hijos; «[...] yo los amo y ellos también me lastiman»⁶. Continúa diciendo que ya no necesita esa apertura total de personalidad que consistiría en confiar de una manera íntima como con W. Fliess, o, a pesar de su olvido, en otro tiempo con E. Silberstein. Una parte de la investidura homosexual se ha retirado y ahora es utilizada para el crecimiento de mi propio Ser, razonamiento que llevó a la famosa declaración: “He tenido éxito allí donde el paranoico fracasa”⁷.

ATRAPADO EN LO JUVENIL

La conflictualización del vínculo entre los dos hombres comienza en particular en torno a una mujer, Gizella Pálos; Gizella, el mismo nombre de la chica que enamoró a Freud durante su adolescencia (Houssier, 2015b). No me corresponde a mí abordar aquí toda esta compleja situación, sino más bien identificar los puntos relacionados con el horizonte adolescente. Desde hace algún tiempo, S. Ferenczi ha estado en una

relación romántica con esta mujer de mediana edad y desea tener hijos con ella. La atracción de S. Ferenczi por Elma, la hija de Gizella, fue analizada por Freud como relacionada con la necesidad de S. Ferenczi de la paternidad y el deseo de encontrar una figura paternal hacia la joven. S. Ferenczi escribe a Freud añadiendo a la pintura una sexualidad insatisfactoria con “Madame G.”; en estos deseos desencontrados se inserta una fascinación por la “coquetería y malicia”⁸ de Elma referenciando para S. Ferenczi a una representación de la muerte, que él “fuertemente había investido”⁹ durante su pubertad.

La insistencia de Freud para que S. Ferenczi se casara con Gizella no impidió que este último considerara que “Elma me ha servido para racionalizar mis tendencias hacia la independencia”¹⁰. El asunto Elma-Gizella se acabó cuando “Madame G.”, la figura materna, estuvo en condiciones de decidir por él y cuando Freud, la figura paterna, decide de hecho por él cuando S. Ferenczi le solicita que sea su intermediario con el fin de pedir oficialmente a “Madame G.” en matrimonio - lo que Freud hará.

Después de todas estas peripecias, S. Ferenczi finalmente se casó con Gizella en marzo de 1919. Él tiene cuarenta y seis años, ella cincuenta y cuatro. El primer período de análisis tuvo lugar en octubre de 1914 y duró entre quince y veinte días, a razón de dos sesiones por día. Esto fue abruptamente interrumpido por la movilización de S. Ferenczi, que le provoca mucha frustración y la prolongación de su autoanálisis que la lleva a este punto de vista: “Todavía no he considerado mis opciones definitivas -a pesar de mi edad- y todavía estoy profundamente atrapado en lo juvenil -por no decir lo infantil”.¹¹ Es él quien ha permanecido como un niño, dentro de un ser humano despreocupado en el fondo, a quien el análisis de repente lo transforma en otra persona, alguien que se vuelve verdaderamente consciente de todas sus responsabilidades, en un movimiento que resuena con el sentido de responsabilidad del adolescente de cara a sus afectos y otros deseos sexuales.

En 1919, S. Ferenczi comenzó su tercer análisis con Freud, e incluso le solicita tres o cuatro sesiones al día, animado en su transferencia por un hambre de objeto. Sin embargo, el matrimonio y la técnica activa contribuirán a provocar una distancia gradual entre los dos amigos, sin precipitar una ruptura en esta relación. Así, el avance de Freud sobre la comprensión de la homosexualidad y su sobredeterminación está ligado a la elucidación del caso de Sidonie Csillag, “la joven homosexual”, en el momento en que analiza a su hija Anna fijada en sus conflictos infantiles juveniles (Houssier, 2010). Lo adolescente y lo homosexual siguen operando entre los dos hombres, sin que ellos se percaten, en tanto se desarrolla una transferencia que tomará un giro negativo.

UN DEMONIO, LA TERCERA PUBERTAD

El 27 de febrero de 1920, S. Ferenczi escribió a G. Groddeck: “El profesor Freud tardó una o dos horas en ocuparse de mis estados. [...] Debo admitir que me hizo mucho bien poder, por una vez, hablar de estos movimientos de odio frente a un padre tan amado”¹².

En la transferencia, Freud es identificado con el padre muerto durante la adolescencia de S. Ferenczi como el padre edípico de su infancia. Esta vez, la amistad entre los dos hombres ha entrado en una zona de turbulencia en la que reinan diversas proyecciones y confusión generalizada, aunque que lo adolescente sigue absorbiendo a ambos hombres.

En su carta del 15 de septiembre de 1931, como una forma de anclar su posición infanto-juvenil, S. Ferenczi, después de una interrupción de la relación entre ellos, habla de estados de retraimiento en sí mismo, y de un trabajo de clarificación interna y externa. Él dice que busca progresar incluso hacia lo absurdo, por ensayo y error, a pesar de que eso signifique el poder cometer errores, y a la vez intenta asegurarle a Freud que no está transgrediendo el límite de la normalidad. Dos posiciones son expresadas acá: el miedo a la marginalidad e incluso a la locura -ser anormal- y la necesidad de ensayo y error para elaborar sus conflictos, dos aspectos característicos del proceso adolescente.

La respuesta de Freud tres días después propone una interpretación: esta interrupción del contacto significa que se aleja cada vez más de él, y que espera no se desapegue de él, lo acepta como el destino: como tantas otras cosas, él sabe que no es personalmente responsable de ello; “Incluso en los últimos tiempos, no ha habido otra persona a quien yo prefiriese”.¹³ Observa con pesar, como una expresión de insatisfacción interior, que intenta avanzar en todo tipo de direcciones que no le conducen a una meta satisfactoria. “Más

-según su propio testimonio- siempre he respetado su autonomía y estoy dispuesto a esperar hasta que Ud., mismo se embarque en el camino del retorno. Podría tratarse de una nueva y tercera pubertad, al final de la cual finalmente habrá alcanzado la madurez”¹⁴. En esta ocasión, Freud señala sin ambages el resurgimiento de una posición adolescente no elaborada, al tiempo que señala que los conflictos internos previos también se encontrarían en esa condición, una segunda adolescencia.

La segunda pubertad en S. Ferenczi representa sus deseos sexuales hacia ciertos pacientes en el comienzo de su práctica analítica, que le había confiado a Freud. Le cuenta que se ha excedido en el pasado, pero que finalmente reconoció dónde y cómo estaba yendo demasiado lejos. En esta respuesta, S. Ferenczi asocia lo adolescente con excursiones hacia lo incierto y a su lado empírico experimental que siempre le reporta algún beneficio. Algo similar supone en lo que respecta al diagnóstico de la tercera pubertad. “Asumiendo que este diagnóstico sea correcto: el valor de lo que se produce en este estado debiera ser primero evaluado objetivamente (...) incluso aunque parezca parcialmente erróneo o del orden de la fantasía”¹⁵. En su respuesta, Freud critica la excesiva libertad sexual, considerada intrascendente, de S. Ferenczi utilizando una primera imagen, la de la revolución sexual propugnada en la técnica activa de S. Ferenczi. “No hay revolucionario que no sea superado por uno aún más radical”¹⁶, añade, refiriéndose a las caricias, las que luego llevarán a mirar y mostrar, etc.,” [...] y el Godfather Ferenczi llegará a decirse luego a sí mismo que debería haber detenido su técnica de ternura materna antes del beso”¹⁷. Freud alude al hecho de que S. Ferenczi primero abogó con entusiasmo por su técnica activa antes de restringirla considerablemente, mientras criticaba la inclinación incestuosa de un padrino demasiado afectuoso.

Él teme el aumento de una calumniosa resistencia contra el análisis debido a la técnica del beso; y le reprocha que desempeñe el papel de la madre tierna hacia los demás y tal vez hacia sí mismo. “Por lo tanto, debe escuchar, a través de la voz brutal del padre, el recordatorio de que -según mi memoria- la tendencia a los pequeños juegos sexuales con pacientes no le era ajena en tiempos preanalíticos. Tanto es así que pudimos establecer una relación entre la nueva técnica y los errores del pasado. Por eso, en una carta anterior, hablé de una nueva pubertad, de un demonio del mediodía en su casa; y ahora me ha obligado a ser claro, sin rodeos”¹⁸. Él no espera causarle un impacto, es eso aquello que falla en esta relación. “Su obstinada necesidad de afirmación me parece más poderosa en Ud., de lo que reconoce en sí mismo. Pero, al menos, hice todo lo posible para cumplir fielmente mi papel como padre. Ahora depende de Ud., continuar”¹⁹. S. Ferenczi cumple respondiendo que la idea de hacer pública su técnica es fuente de comentarios contradictorios en Freud, pero que esto no es lo esencial, ahora que él se ha tomado el tiempo para calmar la corriente emocional que pudo haber fluido, y que puede responder de una manera más serena. Considera que el miedo de que lo vea evolucionar hacia un segundo W. Stekel es infundado. Tras la segunda pubertad, surge la imagen de un segundo W. Stekel, uno de los primeros psicoanalistas que se había unido al grupo de la sociedad del miércoles liderado por Freud, finalmente odiado por este último por su falta de tacto e indecencia.

LOS PECADOS DE JUVENTUD EN EL ESPEJO

Amplíemos por un momento la respuesta de S. Ferenczi; este último se coloca entonces en igualdad de condiciones con Freud, dialogando en pie de igualdad: “Los ‘pecados de la juventud’, errores, cuando se superan y elaboran analíticamente, pueden incluso hacer que alguien sea más sabio y cauteloso que aquellos que nunca han pasado por tales tormentas”²⁰. S. Ferenczi sugiere que Freud nunca habría conocido estas tormentas o nunca las habría elaborado analíticamente; sin embargo, una hecho señalado por Freud (1900) habla de sus pecados de juventud. Este es el resultado de un período en el que, como joven aprendiz de unos veinte años, fue instructor en el Instituto de Fisiología de Brücke. Cuenta la anécdota de la mirada penetrante de su maestro cuando llegó tarde al laboratorio. “Aquellos que recuerdan los maravillosos ojos que el gran maestro había conservado hasta su vejez, y que lo vieron enojado, pueden imaginar lo que sentí entonces en los efectos del joven pecador que era en ese entonces. El viejo Brücke interviene aquí con razón; en los primeros años de mi trabajo científico, más de una vez dejé atrás un descubrimiento que sus enérgicas órdenes finalmente me obligaron a publicar”²¹. Lo adolescente parece resonar con el desconocimiento de todos a partir del debate teórico-clínico sobre la técnica activa.

Podemos seguir la sugerencia de S. Ferenczi sobre ciertas tormentas de la adolescencia que Freud no habría atravesado; para corroborar esta hipótesis, es necesario apoyarse en las palabras del propio Freud cuando le escribió a Marta: “En mi juventud nunca fui joven”, o “yo siempre me he coartado”, “Si no te hubiera conocido, simplemente habría vagado miserablemente y desfallecido”²². Este retorno a su adolescencia resuena con los temas de la libertad sexual, la coerción ascética, la pendiente revolucionaria y la lucha contra las fantasías masturbatorias, todos temas que constituyen representaciones conflictivas durante la adolescencia de Freud (Houssier, 2015ab, 2018).

S. Ferenczi, en la carta del 1 de mayo de 1932, escribe que esperaba de parte Freud que éste le hiciera reproches a la altura de los que se hacía a sí mismo. Respondiendo a las recriminaciones de Freud acerca de los meses pasados sin noticias de él, él habla de su aislamiento vinculado al análisis de sus casos. “Cualquiera sea el motivo que favorezca este aislamiento no es necesariamente algo malo o reprochable; probablemente todo el mundo tiene que pasar por esos períodos, que se manifiestan en mi caso probablemente un poco más tarde o, como usted escribió una vez, en forma de una crisis puberal tardía”²³. Él no tiene la misma concepción de la crisis puberal, ligada a un fuego sexual como decía Freud -un demonio del mediodía- mientras evoca una adolescencia prolongada que recuerda a la anterior afirmación de S. Bernfeld (1922) quien lo había asociado con la adolescencia de los genios. Esta situación también se refiere a la crítica de Freud (1990) a E. Silberstein cuando considera que este último se comportaba sin tener en cuenta a las jóvenes que seducía. La lección moral -una parte de su vertiente pedagógica más tarde criticada por S. Ferenczi- que escribió para su amigo ya está infiltrada por una concepción bastante represiva de la libertad sexual, un demonio del mediodía a domesticar, tal como lo había hecho dolorosamente consigo mismo.

LA ISLA DE LOS SUEÑOS DIURNOS

“Debe abandonar la isla de los sueños donde vive con los hijos de su fantasía”²⁴, ordena Freud a su amigo cuando se trata de que S. Ferenczi se involucre nuevamente en la lucha de los hombres al convertirse en presidente de la *Asociación Psicoanalítica Internacional*. Freud critica tanto el infantilismo de su rebelde posición adolescente que le impide que S. Ferenczi alcance el registro del hombre adulto, como también el registro del hombre varonil debido a al enfrentamiento supuestamente evitado por Ferenczi. Es sobre esto a lo que S. Ferenczi refiere cuando le habla de “vida de sueños”, de “sueños diurnos” o de “crisis puberal”²⁵ asumiendo esta posición adolescente sin referirse a una dimensión psicopatológica. Lo que S. Ferenczi defiende es más bien una intuición sobre la cualidad elaborativa de la regresión, incluso a costa de ciertos movimientos regresivos que no son patológicos en sí mismos. Estas observaciones anticipan una concepción del proceso adolescente hecho de idas y vueltas entre la regresión y la elaboración. Agrega que a partir de “la confusión relativa, muchas cosas utilizables se desarrollaron y desarrollarán”²⁶. Ser presidente forma parte de su proceso de crecimiento, pero sin reconocer como síntoma su pubertad tardía. Él aceptó la presidencia con el apoyo activo de A. Freud y algunos otros; luego la rechaza después de una larga y dolorosa vacilación; este es un periodo crítico y autocrítico, que le impone complementos, correcciones tanto de la práctica como de la teoría; por lo tanto, se siente indigno de ser presidente, “cuya principal preocupación debe ser la preservación y consolidación de lo que existe”²⁷. Por lo tanto, sería deshonesto ocupar este lugar en ese momento, confirmando un impasse en la transmisión de Freud a S. Ferenczi en un contexto de filiación traumatizada. S. Ferenczi no parece ser capaz de identificarse con el mantenimiento de la tradición, ni clínica ni institucionalmente. Ocupar este lugar paterno significaría derribar la idealización y dar paso a una crítica que llega demasiado tarde para permitirle elaborar el conflicto central: para entrar en el mundo de los hombres, debe responder a la cuestión de matar simbólicamente al padre.

S. Ferenczi indica que se siente libre de cualquier inclinación a fundar una nueva escuela y dice que su decisión está ligada a que pensó que Freud no querría un presidente, con tal grado de espíritu crítico. Decepcionado por haber sido visto como perjudicando la causa debido a sus publicaciones, él espera que Freud abandone esa idea, poniendo en relevancia su falta de coraje y franqueza, algo que dañaría en general a los más jóvenes y débiles.

En este camino, lo adolescente aparece como el alborotador en el vínculo entre los dos hombres; revela un conflicto padre-hijo en el que la homosexualidad mal sublimada articularía una pendiente decepcionante que se convertiría en sentimientos persecutorios, en un contexto de un Edipo puberal no elaborado. Al deseo ambivalente de independencia expresado por S. Ferenczi responde el mantenimiento un poco demasiado firme de una posición paterna en Freud, apoyada en un cierto rechazo de lo femenino. Cuando los conflictos de los adolescentes chocan en las secuelas, se revelan los defectos de todos.

BIBLIOGRAFÍA

- BARANDE I. (1972). Sandor Ferenczi. París : Payot.
- BERNFELD S. (1922). Sobre una forma típica de pubertad masculina. *Psiquiatría del adolescente*, 1995, 22 : 51-66.
- FERENCZI S. (1985). *Clinical Journal*, enero-octubre de 1932. París: Payot, 1990.
- FERENCZI S., GRODDECK G. (1982). *Correspondencia, 1921-1933*. París: Payot.
- FREUD S. (1900). *La interpretación de los sueños*. París: PUF, 2010.
- FREUD S. (1932). *Nuevas conferencias introductorias sobre psicoanálisis*. París: Gallimard, 1984.
- FREUD S. (1960). *Correspondencia, 1873-1939*. París: Gallimard, 1966.
- FREUD S. (1990). *Cartas de juventud*. París: Gallimard.
- FREUD S., FERENCZI S. (1992). *Correspondencia, 1908-1914*. París: Calmann-Levy.
- FREUD S., FERENCZI S. (1996). *Correspondencia, 1914-1919*. París: Calmann-Levy.
- FREUD S., FERENCZI S. (2000). *Correspondencia, 1920-1933*. París: Calmann-Levy.
- HOUSIER F. (2010). *Anna Freud y su escuela. Creatividad y controversias*. París: Campaña de estreno.
- HOUSIER F. (2013). Sigmund Freud/Eduard Silberstein: una amistad apasionada y consanguíneo. *Adolescencia*, 31 : 219-226.
- HOUSIER F. (2015a). La adolescencia de Freud en “La interpretación del sueño”. *Letras de la SPF*, 33 : 123-138.
- HOUSIER F. (2015b). Freud cuando era adolescente. *Cahier de l’Herne*, 110: 31-37.
- HOUSIER F., CHRISTAKI A. (2016). Locura puberal y sexualidad diabólica en los inicios psicoanálisis. *Tópico*, 134:157-170.
- HOUSIER F. (2018). *Freud cuando era adolescente*. París: Campaña de estreno.
- JONES E. (1958). *La vida y obra de S. Freud. T. I: La juventud de Freud (1856-1900)*. París : PUF, 2006.
- PRADO DE OLIVEIRA L.-E. (2011). *Sandor Ferenczi, psicoanálisis diferente*. París: A. Colin.
- SABOURIN P. (1975). *Sandor Ferenczi, pionero de la clínica*. París : Campaña Estreno, 2011.
- SCHUR M. (1975). *La muerte en la vida de Freud*. París: Gallimard.

(*) Florian Houssier, Presidente del Colegio Internacional de la Adolescencia (CILA)
Univ. Paris13 Norte, Sorbona Paris Cité. UTRPP, EA 4403
93430 Villetaneuse, Francia
houssier.florian@gmail.com

Publicado en: Rev. Adolescencia, Vol. 36 N° 2, pp. 389-400, 2018.

Versión electrónica: <https://www.cairn.info/revue-adolescence-2018-2-page-389.htm>

Volver a Artículos sobre Ferenczi
Volver a Newsletter 20-ALSF

Notas al final

1.- En ese momento, el término “Adolescenz” no se utilizaba en el idioma alemán contrariamente al término “Pubertät”; el estudio de contexto muestra que en la mayoría de las veces, Freud usa “Pubertät” para hablar de adolescencia y no de pubertad en el sentido fisiológico del término.

2.- Freud, Ferenczi, 1996, p. 53.

3.- Ibid., p. 358.

4.- Sabourin, 1975, p. 27.

5.- Sabourin, 1975, p. 27.

6.- Freud, Ferenczi, 1992, p. 231.

7.- Ibid., págs. 232 y 233.

8.- Freud, Ferenczi, 1996, p. 412.

9.- Ibídem.

10.- Ibid., págs. 545 y 546.

11.- Ibid., pág. 47

12.- Ferenczi, Groddeck, 1982, pp. 64-65.

13.- Freud, Ferenczi, 2000, p. 473.

14.- Ibídem.

15.- Ibid., pág. 474.

16.- Ibídem

17.- Ibídem.

18.- Ibid., pág. 480.

19.- Ibídem.

20.- Ibídem.

21.- Freud, 1900, pp. 470-471.

22.- Freud, 1960, p. 91.

23.- Freud, Ferenczi, 2000, p. 492.

24.- Ibid., pág. 494.

25.- Ibid., pág. 495.

26.- Ibídem.

27.- Ibid., pág. 501